

Solo el humanismo del amor podrá salvarnos.

Ángel Gutiérrez Sanz



La crisis de valores y el declive de la filosofía se está dejando sentir por lo que se refiere a la presencia en nuestra sociedad de humanismos fiables. Este tipo de cuestiones hace tiempo que está perdiendo atractivo e interés para el hombre actual. La preocupación de la gente en general está orientada a otros menesteres, que tienen más que ver con el bienestar material y menos con las aspiraciones humanistas, por lo que bien pudiera decirse con Heidegger, que hoy más que defensa del hombre lo que se nos ofrece es una cierta recusación del mismo

En semejante situación, lo que mejor podíamos hacer es volver nuestra mirada a experiencias pasadas para caer en la cuenta de que frecuentemente erramos en nuestros juicios y apreciaciones, pero nunca nos equivocamos cuando ponemos en práctica un amor desinteresado. Aun así, algo sigue resultando paradójico, como es el hecho de que a pesar que hay mil razones en favor del amor y ninguna a favor del odio, sin embargo, éste último se hace realidad en nuestras vidas. ¿Por qué esto es así? Difícil es de explicar por qué razón, dentro de la condición humana haya de estar más presente el odio que el amor, pero desgraciadamente es algo que ocurre con frecuencia en nuestro mundo.

No solamente el odio, sino las ansias de supremacía y de estar por encima de los demás, hacen que vivamos atrapados por la erótica del poder y no por la dinámica del amor como fuera de desear. Los graves sucesos en forma de crisis económicas, pandemia generalizada, de pauperización progresiva y guerras casi a nivel mundial, nos están avisando de que hemos llegado a la situación de alerta roja, por lo que hemos de cambiar de rumbo y tratar de vivir en comunión los unos con los otros. Ha llegado el momento de dar un viraje y colocar nuestras vidas en la dirección correcta, que no es otra, que la de tomarnos en serio la tarea de la confraternización universal.

El amor del hombre al hombre no es solamente un ideal entre otros muchos, debiera ser la aspiración universal de todo humanismo que se precie de tal. Una ética montada sobre fundamentos racionales de estricta justicia, no es suficiente, hay que dar entrada a la ética de la solidaridad y el altruismo, que tiene en cuenta el rostro de quien está a nuestro lado y nos interpela. El sentido de nuestras vidas no está en “*existir para nosotros mismos*” como hemos venido haciendo hasta ahora, sino en “*existir para el otro*”. En el sentir de Emmanuel Levinas, la ética del otro es más que una respuesta individual, aspira a ser el trasfondo de un humanismo de la alteridad capaz de transformar la sociedad y la política.

No es fácil hacer llegar a los hombres de nuestro tiempo este mensaje del amor universal, porque nos hemos acostumbrado a vivir nuestra propia vida, sin otras aspiraciones que las dictadas por el *“sálvese el que pueda”*. A lo más, nos sentimos obligados solo con aquellas personas que nos caen bien, olvidándonos que el sentimiento del amor es persistente y universal y nunca veleidoso y selectivo. Es exigente y no entiende de excepciones. Se trata de un amor de todos y para todos, en el que entran en juego, incluso nuestros propios adversarios.

Si algún motivo preferencial pudiera darse en el ejercicio del amor, ha de venir exigido por la condición en que se encuentran los más vulnerables, ya que ellos son los que más nos necesitan. “El otro” fundamentalmente hace referencia al rostro de los desamparados que no pueden existir por sí mismos, y que en los relatos bíblicos del Á. T. testamento está representado por el huérfano, la viuda y el extranjero, mientras que en el N. T. de forma explícita se nos anuncia que “el otro” es el mismo Jesucristo que se hace presente en los que tienen hambre y esperan que alguien les de comer, en los que tienen sed y piden desesperadamente un vaso de agua, en los forasteros y los sin techo que llaman a las puertas para que sean acogidos o en los que no tienen con que cubrir su cuerpo. Jesucristo se identifica con los enfermos a quien nadie visita, con los presos y encarcelados proscritos por la sociedad, con los ancianos que se mueren de pena y de soledad en las residencias sin que nadie les escuche y les dedique una sonrisa

El humanismo cristiano inspirado en la caridad fraterna está llamado a presidir la vida de las personas y de los pueblos. Los valores que predica son los valores del Reino que en manera alguna son, como pensaba Nietzsche, los que corresponden a los sujetos débiles y derrotados, sino todo lo contrario, son ellos los que inspirados en el amor desinteresado hacen posible que los hombres puedan aspirar a la plena realización humana

Partiendo del supuesto cierto de que los desheredados, los débiles y abandonados son iguales en dignidad a todos los demás hombres, necesariamente tenemos que sentirnos obligados a acompañarles en su desgracia. La sublime y elevada proyección del humanismo del amor llega hasta el extremo de compartir todo con todos, nos impulsa incluso, a sufrir con el que sufre, a estar al lado de quien nos necesita, en una palabra a darnos por entero a los demás, poniéndonos a su servicio, conscientes de que nuestra misión, la tuya, la mía, la de todos, es dejar amor sobre la tierra ¿Quién podrá negar de que éste es el más fecundo y esperanzador de los humanismos posibles? ¿Quién podrá dudar que el humanismo del amor es el mejor camino para alcanzar la felicidad universal? Solo el humanismo del amor, podrá salvarnos.